

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 7.

5. ABRIL
1925.



30
Cénts.

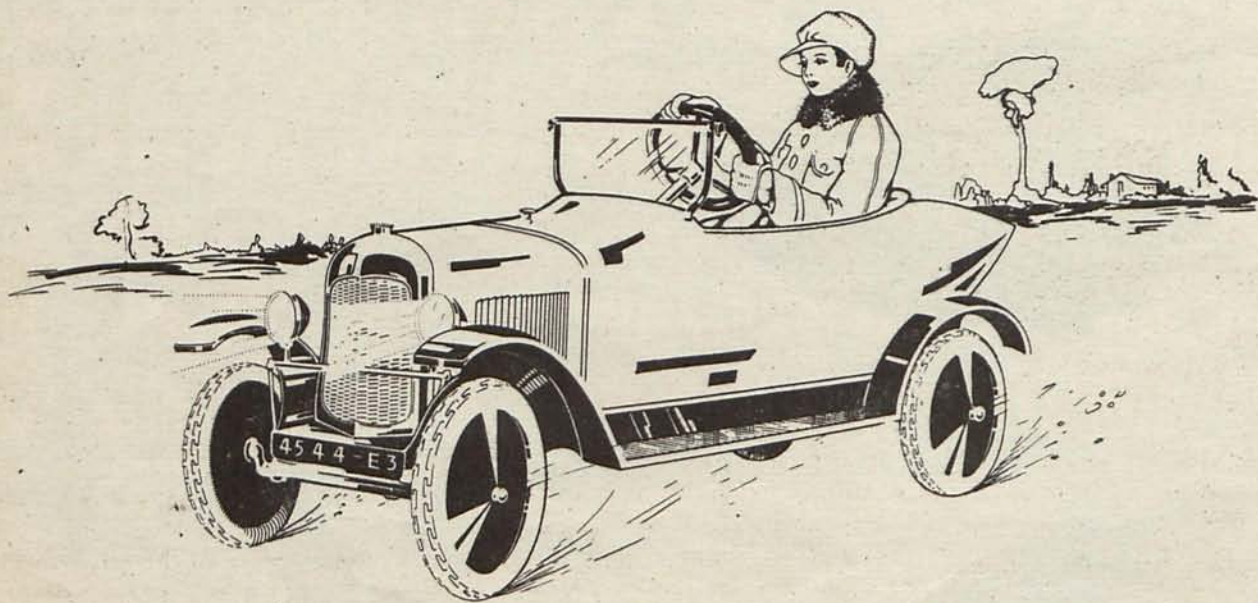
PINOCHO ES GENEROSO



Nadie, nadie dudará de la generosidad de **Pinocchio**; su generosidad es tan grande... como su nariz. Y de su cariño a todos los niños tampoco dudará nadie. Por eso, pensando en vosotros lectores de su periódico—que sois sus amigos preferidos—**Pinocchio** ha roto su hucha, ha cogido todos sus ahorros y "se ha vuelto loco" comprando preciosidades de los mejores bazares del mundo, para regalárolos.

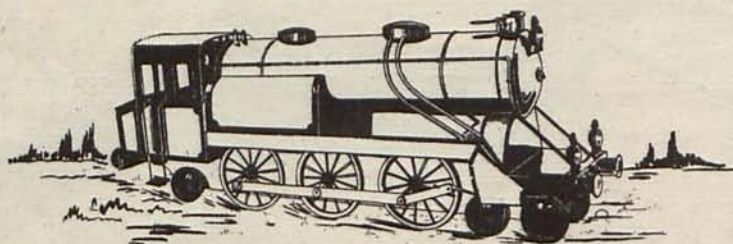
Aquí van los dibujos de los juguetes que constituyen los regalos que **Pinocchio** rifará entre sus suscritores y lectores asiduos. De todos modos estos dibujos no dan una idea exacta de lo formidables que son estos juguetes; podemos aseguraros que en su género *no los hay mejores*.

¡A suscribirse a «**Pinocchio**» sin perder tiempo! El que no lo haga lo sentirá más tarde, cuando no tenga remedio.



Dos colosales automóviles «Citroën»

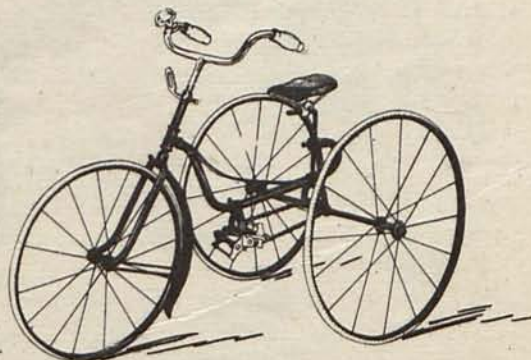
Con frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, neumáticos Michelin, «confort», bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías.



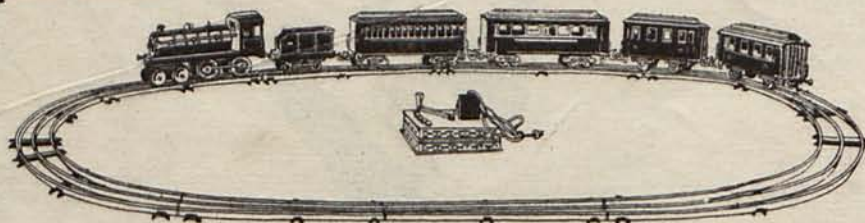
Dos formidables locomotoras con cuerda que marchan a gran velocidad.



Dos estupendas bicicletas para niño o para niña.



Tres magníficos triciclos con cadena de transmisión.



Un tren eléctrico con reostato para graduar su velocidad.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

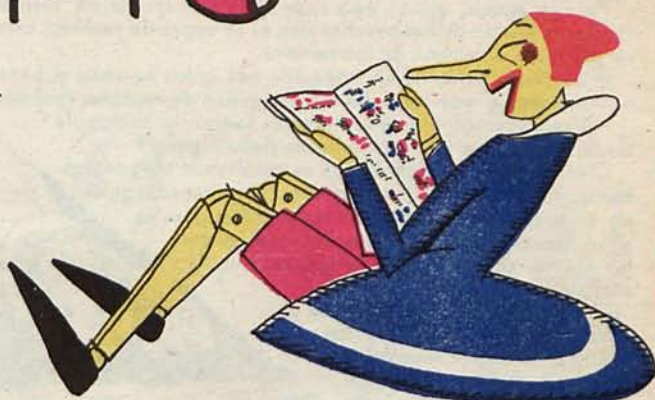
CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 447

ED. "SATURNINO CALLEJA". — DIR. S. BARTOLOZZI.

ADMINISTRACIÓN CIERRE Y TALLERES) SAN-SEBASTIÁN (ADMINISTRACIÓN CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES) MADRID.



AÑO I

NÚMERO VII

Precios de suscripción: AÑO..... 15 pesetas
SEMESTRE..... 7,75 —

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

EL DEDO MARAVILLOSO



Juanito había nacido con un ojo en un dedo; todos se asombraron mucho: el padre, la madre y los hermanos.

Y Juanito fue creciendo, sano y robusto, y con su ojo maravilloso.

Cuando niño, paseaba en brazos del ama, investigaba a su alrededor con su dedo en ristre, que parecía un faro-pirata.

Juanito no tenía que volver la cabeza para ver lo que ocurría a su espalda, le bastaba con señalar con su dedo-ojo hacia ese lado y era bastante. Juanito veía, pues,

a la vez por todas partes. Claro está que el hecho, a pesar de tener sus ventajas, presentaba algún inconveniente. Así, pues, Juanito no podía morderse ese dedo sin lanzar gritos de dolor, pues se lastimaba el ojo.

Juanito no era aplicado a pesar de tener tres ojos, y nunca se sabía las lecciones en el colegio; pero siempre obtenía buenas notas; y es que el astuto muchacho, cuando era preguntado, introducía su dedo-ojo dentro del pupitre y allí leía, en el libro abierto, lo que tenía que contestar.

No era sólo para eso para lo que utilizaba su propiedad Juanito, sino para otros usos que calificaremos de mejores. Cuando el niño se ponía enfermo y nadie sabía lo que le ocurría, él mismo se introducía el dedo por la boca y miraba a ver cuál era su enfermedad.

Juanito sabía siempre exactamente lo que llevaba en los bolsillos.

Cuando a Juanito se le introducía en los viajes carbón en los ojos naturales, por ir asomado a la ventanilla, se daba el caso curioso que su dedo-ojo mirase a sus ojos para descubrir el carbón y sacarlo fuera.

Juanito viajaba con el dedo fuera para ver el paisaje, y no corría el peligro de enfriarse.

—Este niño —decían sus padres— está entusiasmado con su dedo; lo quiere como a los ojos de su cara...

El caso es que Juanito era feliz, y aprovechaba su don para un sin fin de trucos y travesuras.

Pero como siempre existe algún defecto hasta en los dones

más prodigiosos, he aquí que a Juanito se le desarrolló el feo vicio de la curiosidad.

Juanito fue el niño más curioso de la tierra. Metía su dedo-ojo por debajo de las puertas para ver quién había en la habitación. Leía los papeles que su papá tenía en su mesa de despacho, con sólo pasear su dedo sobre ellos, haciéndose el distraído silbando y volviendo el rostro hacia el techo.

Como un vicio trae otro, Juanito se volvió orgulloso, se creyó el niño más listo y más elegante de la tierra. Cuidó demasiado de su atavío y se hizo un presumido atroz. A su dedo-ojo le puso un monóculo...

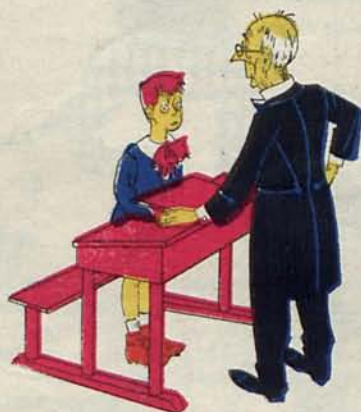
Mas su curiosidad fue castigada; un día que Juanito se paseaba a orillas de un gran río, le entró la curiosidad de ver cómo estaba formada por dentro una cascada, e introdujo en el agua su dedo-ojo; el choque del agua fue muy vivo, y desde aquel día Juanito comenzó a distinguir peor los objetos con su dedo.

Los médicos que le vieron, aseguraron que era necesaria la operación de las cataratas, y les salió tan mal, que Juanito perdió su ojo maravilloso.

De esto se desprende la siguiente moraleja:

Si tenéis alguna vez un ojo en un dedo, no os paseéis junto a los grandes ríos, para que no os venga la tentación de introducirlo en el agua y lo perdáis.

EDGAR NEVILLE.



CURIOSIDADES

LOS TERRIBLES RATONCITOS

Todos sus amigos le hacen burla a Manolín.

Este personaje, que va para doce años y se las da de valiente y presume a troche y moche de las hazañas que él es capaz de realizar, este matamoros en proyecto, se asusta de los ratones.

Ante la aparición de un ratoncillo hay quien ha visto al heroico Manolín subirse a una silla, llorar, dar gritos de espanto, ¡qué sé yo!

—Pero, Manolo —dice su hermana mayor, la razonable Carmencita—, ¡si los ratones no hacen daño alguno!

Cierto que el tal Manolo nos va resultando un poco cobarde; pero Carmen está en un error. Un ratoncillo solo no es muy de temer entre los hombres; pero en gran número, los ratones constituyen una de las plagas más dañinas y peligrosas que existen.

Por ejemplo, en el Brasil se da un caso curioso: hay allí una planta que es el alimento esencial y predilecto de los ratones, que no florece, afortunadamente, más que a intervalos espaciados, que varían entre seis y treinta años.



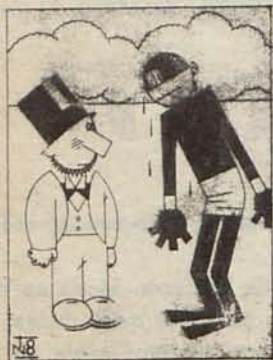
Pues bien: coincidiendo con las épocas en que florece la dichosa planta, los habitantes de ciertas regiones brasileñas

padecen plagas prodigiosas de ratones que invaden los campos de maíz y las plantaciones de patatas, desentierran y devoran estos sabrosos tubérculos y abren y vacían todos los melones, pepinos, sandías y calabazas que encuentran, arrasan los campos de trigo y centeno, atacan al ganado, al que roen las pesuñas y, por último, invaden las casas y la emprenden con los muebles, las ropas, los comestibles, todo, en fin, lo que no es hierro, ni piedra, ni cristal. En una palabra: se bastan para arruinar toda una región, sin que sirvan para nada, tal es su número, las matanzas que de ellos hacen los habitantes, y los ejércitos de gatos, a los que derrotan en un periquete.

¿Os sorprende que un animalito tan pequeño y de aspecto inofensivo cause tanto mal y sea invencible? ¿Y el microscópico, el invisible microbio que es capaz de matar a un hombre? ¡No hay enemigo pequeño!

NUEVAS AVENTURAS DEL BARON DE LA CASTAÑA

LA PANTERA BURLADA



Desembarqué en Africa decidido a terminar con todas las fieras que poblaban sus bosques. Marchaba solo y sin armas, fiado de mi inventiva.

—¿Qué fieras abundan por aquí? —le pregunté a un negro que me encontré en el camino, dando unas carreras desenfundadas.

—Tigres y panteras; sobre todo panteras—, me contestó.

—¿No quieres venir conmigo de caza? —le dije.

—Imposible; tengo mucho trabajo, estoy sudando tinta.

—Pero ¿qué haces? —le insistí.

—Pues ya ves; me ha contratado un

negociante de plumas estilográficas para que sude; como soy negro, sudo tinta y luego me exprimen en las plumas.

Dormí aquella noche en lo alto de un árbol, y al despertar emprendí la caza.

Había que tener en cuenta que yo no quería matar a la fiera, sino cogerla viva, para traerla a Madrid al parque zoológico del Retiro.

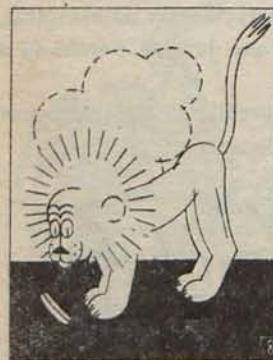
En un plátano, que es el manjar favorito de las panteras, introduje una gran dosis de cloroformo, y después coloqué la fruta en un claro del bosque, en donde ya había observado huellas de pantera.

Me subí a un árbol para observar la caza, y pasé los grandes apuros, pues todos los bichos que pasaban por allí se querían comer el plátano.

Primero fue un león; cuando ya casi lo tenía en la boca le grité desde el árbol:

—¡Cuidado, que tiene cloroformo!

El león se echó a reír y se marchó sin decir ni pío.



Después de una espera de varias horas, vi aparecer en el claro del bosque una hermosa pantera. Cuando vió el plátano dió un rugido de gozo, y después improvisó tres saltos mortales.

Después se comió el plátano, dejando la envoltura en el sitio por donde pasaba el elefante, con intención de verle caer.

Entonces la pobre pantera sintió un sueño espantoso, y, sin darse cuenta, quedó profundamente dormida.

Bajé del árbol y me fui al lugar donde estaba la fiera dormida; era un hermoso ejemplar.

Corté en el bosque algunas docenas de juncos, los clavé en torno del animal, habiéndolos pintado antes cuidadosamente de negro; de esa forma la fiera parecía enjaulada. Hecho esto, y como viese que el bicho comenzase a abrir los ojos, me disfracé rápidamente de guarda y me coloqué frente a los bambúes.

La pantera se despertó, miró la jaula, me miró a mí, se desperezó para asegurarse que no dormía, y después exclamó:

—¡Anda, qué tonta, si ya estoy en el Retiro!

Y se puso a dar vueltas en la jaula.

Celebré el éxito de mi cacería organizándome un baile, al que, como es natural, asistí yo solo, pues no había nadie más en el contorno.

Me divertí mucho, pues duró hasta las primeras horas de la madrugada.

Pero entonces empezaba la tercera parte de mi labor: ¡Cómo llevar ese bicho a la Península! Era un verdadero conflicto, y no sé cómo lo hubiera resuelto a no ser por mi imaginación.

Volví a dormir la pantera por el método del cloroformo en el plátano, y cuando estuvo roncando quité los juncos que la rodeaban y la pinté cuidadosamente de perro; tanta maña me di, que una vez terminada mi labor, la pantera parecía un mastín de ganado.

Despertó el bicho, y al verse sin barrotes fue a beber al riachuelo que por allí pasaba, y en el agua vió su imagen reflejada y quedó de nuevo absorta.

—¡Pero qué cosas me ocurren a mí! —dijo—. ¡Tan convencida como estaba de que era una pan-



tera, y ahora resulta que soy un perro!

En ese momento comencé a silbar, y la pantera dijo:

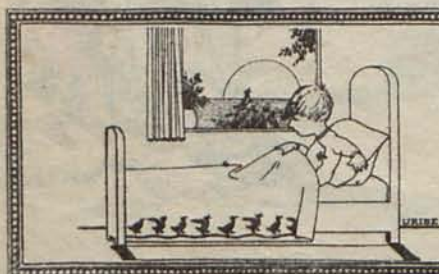
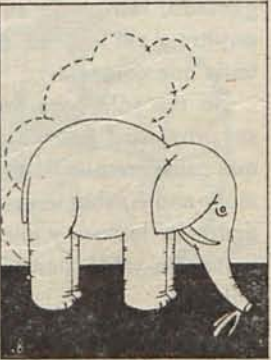
—Ya me llama mi amo; veamos lo que quiere.

Y vino a mí, meneando la cola.

La acaricié, y después cogí una piedra y la tiré lejos, delante de mí; la pantera partió veloz y me trajo la piedra entre sus dientes.

Jugando de esa manera vinimos a España, y en la Casa de fieras la tenía ya lavada y convertida en pantera.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con

JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)

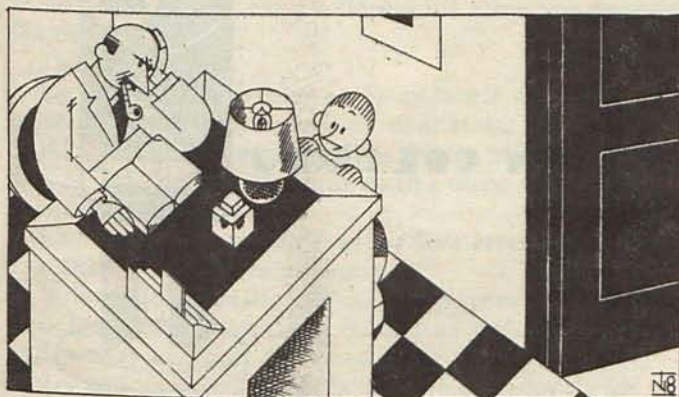
y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con

JABON CALBER (PASTILLA 1,25)

porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIAN

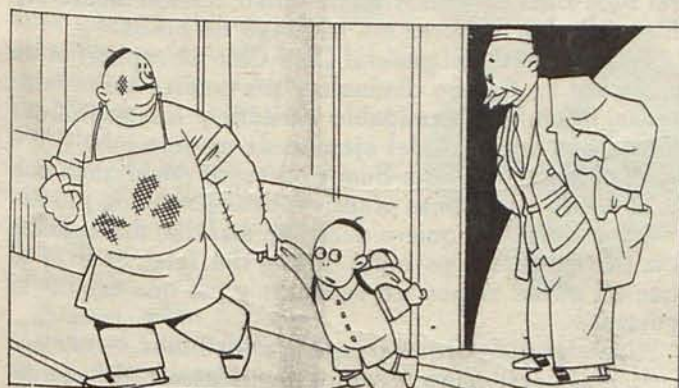
CHISTES



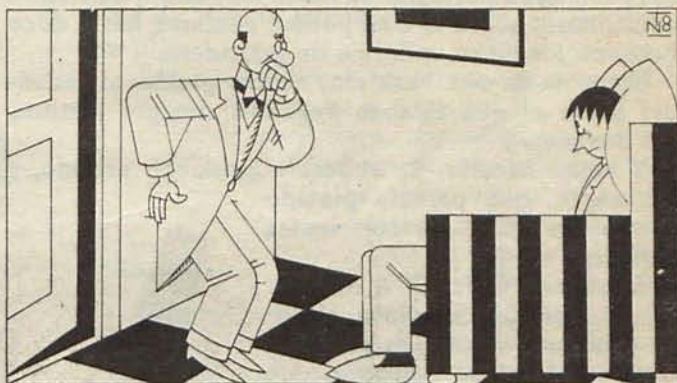
—Papá, esta bombilla ya no luce. Está muy cansada.
El papá, distraído; pues que se siente.



Tengo este año melones como cabezas de gigante. De 20 libras no baja ninguno.
¿Y mis melocotones?... Mia tú si serán gordos que sólo entran ocho en la docena.



El profesor.—Pero, señor mío, no comprendo la razón...
El carnicero.—Nada, nada; me llevo al chico; me lo está usted maleducando. ¿A quién se le ocurre decirle que el kilo tiene mil gramos?



El doctor.—Vamos, hombre...; dígame. ¿Qué le duele?
—Nada, no me duele nada.
—Entonces, ¿por qué está usted tan preocupado?
—Soy radioescucha, doctor, y no hay manera de encontrar un buen trozo de galena.



La señora.—Oye, querido esposo. ¿Te gusta este sombrero?
El esposo.—Querida, antes enséñame la factura.



—¿Ya no te haces el ciego?
—¡Quí! No me tiene cuenta. Te meten perras falsas y no puedes protestar; prefiero hacerme el cojo.



POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER
son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER
son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.



EL GENERAL BUM-BUM Y EL GENERAL CHIN-CHIN

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES



El general Bum-Bum y el general Chin-Chin se odiaban a muerte.

El general Bum-Bum infundía respeto por su aspecto imponente. Era realmente formidable; con su cabeza redonda, cubierta por un casco muy alto, y su vientre voluminoso, sobre el cual podían contarse hasta doce botones: los de su uniforme de granadero.

Disponía de una base muy sólida, gracias al redondel sobre el que estaban pegados, siempre juntitos, sus dos pies.

Y lucía, además, un soberbio mostacho erizado, y tan negro, que parecía pintado con betún sobre sus relucientes mofletes.

El general Chin-Chin, en cambio, era menudo, nervioso, rabioso y bilioso; su tez era gris oscura, y tal era su delgadez, que siempre estaba de perfil. Pero por cualquier lado que se le mirase, inspiraba terror su media cara de mal genio.

Sobre su base ovalada, sus pies estaban soldados —soldados, sí, aunque se tratase de un general—, el uno delante del otro. De este modo parecía estar siempre dispuesto a librar batallas, a ir adelante, a acometer al enemigo.

Ni que decir tiene —pero lo digo, sin embargo, por si acaso— que el general Bum-Bum era de madera y de plomo el general Chin-Chin.

Con lo dicho se comprende que los dos generales no podían ser más distintos, en cuanto a aspecto y calidad.

Pero su valentía era idéntica; sus virtudes guerreras equivalentes; su coste, aproximado; su heroísmo común, y su odio, recíproco.

Los soldados del general Bum-Bum eran todos de madera como su jefe; de plomo, como el suyo, eran los soldados del general Chin-Chin.

El general Bum-Bum y sus hombres tenían los brazos pintados a lo largo del cuerpo; recortados tenían los suyos el general Chin-Chin y sus subordinados. Esto les hacía más ágiles, pero también más fáciles de romperse.

El ejército del general Chin-Chin poseía armas ofensivas en gran cantidad, y como vivían en perpetuo pie de guerra frente a sus irreconciliables enemigos, ningún soldado, ni por un momento, se separaba de su correspondiente sable o fusil. Además, este ejército poseía un cañón, un auténtico cañón, que hubiera sido algo realmente temible de haber tenido municiones.

El ejército del general Bum-Bum disponía de unas enormes granadas de mano, soberbiamente pinta-

das en rojo, verde y azul; estas granadas hubieran sembrado el pánico en torno suyo, de haber podido explotar, cosa imposible, porque eran de madera también.

Y es que, si entre los juguetes, el ejército del general Bum-Bum constituía una entidad terriblemente militar, ante los hombres era un juego de bolos.

Los soldados del general Chin-Chin se repudrian de rabia por su tamaño diminuto y sus medias caras rasuradas, frente a la formidable estatura y los magníficos mostachos erizados, del ejército de madera.

Pero el general Bum-Bum y los suyos envidiaban con toda su alma las armas ofensivas del ejército de plomo.

Y un buen día, quiero decir, un mal día, día nefasto, día triste, día aciago entre todos, día fatal, ocurrió lo que no podía menos de suceder: y fué que estalló la guerra.

La cosa fué porque al jugar... a los bolos —este era el pasatiempo favorito, naturalmente, del ejército de madera durante sus ratos de ocio—

uno de los subordinados del general Bum-Bum lanzó su granada de mano hasta la caja de campaña del ejército de plomo, a la que imprimió un choque violento.

¿Fue torpeza o mala intención? Lo ignoro; sabe Dios las cosas que pueden pasar en el alma de un soldado de madera impulsado por el odio.

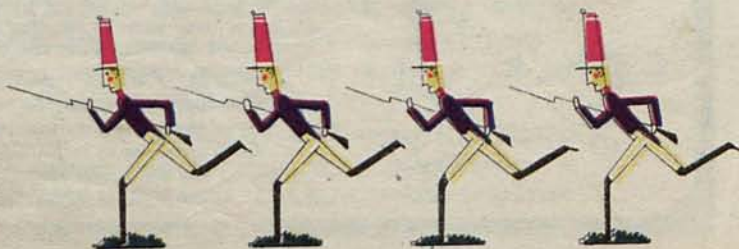
Lo natural hubiera sido que el ejército de plomo respondiese a este pequeño ataque disimulado devolviendo la bola con igual violencia. Pero no sucedió así.

El alma de un soldadito de plomo no es menos tenebrosa que la de sus enemigos.

Y el general Chin-Chin contuvo la justa ira de sus soldados y acordó tomar una venganza terrible, si bien solapada.

Aquella noche un soldadito de plomo, aprovechando el sueño de todos, se deslizó sigilosamente en la caja enemiga; en su mano brillaba el arma más terrible que pudiese esgrimir contra los de madera: un destornillador.

Un destornillador, sí, con el cual, aleccionado por su jefe, se proponía quitarles a todos los bolos su base redonda, dejándolos así en la imposibilidad de tenerse en pie.



Una circunstancia extraña había de hacer fracasar este plan genial, pero traidor.

El soldadito tuvo la mala suerte —merecida por semejante felonía— de que el primero a quien se acercó tuviese callos; el dolor le hizo despertar, empezó a lanzar gritos agudos, y el de plomo apenas tuvo tiempo de huir y refugiarse entre los suyos.

Ya la voz de alarma estaba dada; los dos ejércitos se hallaban despiertos y enfurecidos y los dos generales rugían:

«¡A las armas!»

La lucha fué horrible; en la memoria de ningún juguete se recordaba semejante contienda.

Al mando de sus respectivos jefes, todos los soldados se han abalanzado unos contra otros en un cuerpo a cuerpo sin cuartel.

Con furia, los soldados de madera arremeten contra sus enemigos, cabeza adelante.

Y los soldaditos de plomo van cayendo uno a uno con los brazos torcidos y la cabeza doblada, heridas todas ellas mortales de necesidad.

¿Acaso va a declararse la victoria en favor de los de madera? ¡Quíal!

Los soldados de plomo reciben la acometida, esgrimiendo sus sables y empuñando sus machetes, y con estas armas raspan y arañan la cara y el cuerpo de sus contrincantes.

Y los soldados de madera caen, a su vez, sin ojos, sin narices, sin boca; es decir, con la boca, las narices y los ojos des pintados.

¡Horror! ¡Ya han caído todos! Ya sólo quedan frente a frente el general Bum-Bum y el general Chin-Chin.

Ambos están heridos: el general Chin-Chin tiene el brazo derecho doblado hacia atrás y parece que se está rascando la espalda.

En cuanto al general Bum-Bum, se ha quedado tuer-to, rasurado y casi en cueros; es decir, que uno de sus ojos ha desaparecido, su uniforme se ha quedado sin botones y de su magnífico mostacho ya no queda ni rastro.

Pero ni el uno ni el otro sienten el dolor: son dos bravos.

Ambos se miran de hito en hito, aunque con un solo ojo, puesto que al general Bum-Bum se le ha despintado uno y el general Chin-Chin, según su costumbre, está de perfil.

El momento es solemne: ¿qué va a pasar?

¿Acaso los dos generales van a reconciliarse noblemente ante los ca-

dáveres de sus soldados? ¡No! ¡Eso nunca! Los cuerpos doblados de los soldados de plomo y los cuerpos despintados de los soldados de madera piden venganza.

Pero el cuerpo a cuerpo entre dos jefes de tanto fuste resulta imposible.

El general Bum-Bum echa una mirada de angustia hacia sus granadas de mano inexploradas, y viéndose sin armas, exclama con desesperación:

—¡Daba mi vida por quitarte la tuya, general Chin-Chin!

El general Chin-Chin mira su cañón, desprovisto de municiones, y ruge:

—¡Por arrebatarte tu vida ahora mismo, voy a dar yo la mía, general Bum-Bum!

Y es que acaba de ocurrírsele una idea soberbia, heroica.

Rápidamente enciende una cerilla, se la acerca a su cuerpo y se derrite.

En nada de tiempo queda convertido en una bola de plomo.

Entonces el héroe se introduce en su cañón y... ¡se dispara a sí mismo!

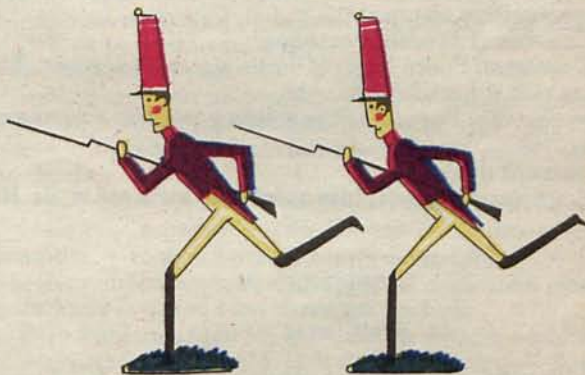
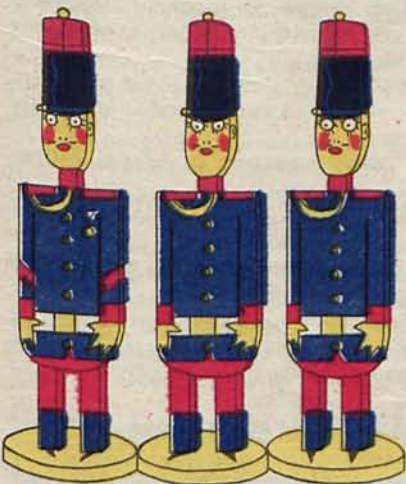
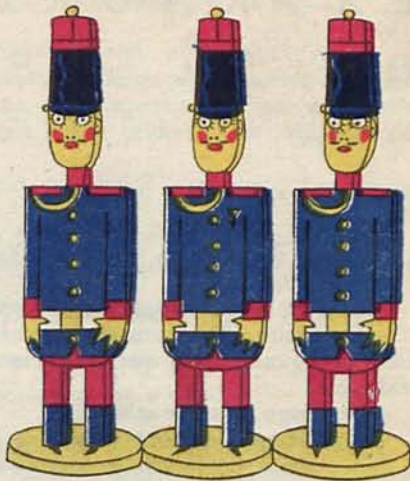
Inmóvil, fiero, impenetrable, con un heroísmo sereno que contrasta con el heroísmo activo de su adversario, el general Bum-Bum ha esperado la acometida: la bala le ha atravesado de parte a parte.

El general Bum-Bum ha caído roto; del general Chin-Chin sólo queda ya una bolita de plomo derretido.

El combate ha cesado por falta de combatientes. Los despojos del ejército de plomo y del ejército de madera cubren la mesa de batalla.

Como dos bravos han muerto el general Bum-Bum y el general Chin-Chin.

MAGDA DONATO.



Camera y Pathe-Baby

EL CINE DE FAMILIA

A PLAZOS Y AL CONTADO

PELIGROS, 14 Y 16 MADRID

Ayuntamiento de Madrid



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA

POR E. SALGARI

(Continuación.)

—¿Estás dispuesto a seguirnos? Ya ha cesado la lluvia, si no me engaño.

—Estoy a vuestra disposición —repuso el canadiense.

—Despacito. Abre primero tu casaca; podrías llevar escondida alguna pistola que te hubiese regalado el generoso traficante.

—No tengo más que mis puños.

—Que poco valen contra los míos, si quieres boxear.

—Y además, como veis, aún estoy empapado de agua del ago. Un arma de fuego no me serviría de nada.

—Pronto te secarás delante de un fuego estupendo. No falta leña en el fortín.

—Os sigo —dijo el canadiense, rechinando los dientes—. Me doy por vencido.

—Ya era hora —repuso el bretón—. Anímate, que no te vamos a matar, aun cuando lo merezcas. Petifoque, vigila a este hombre, tú que tienes las piernas más ágiles que yo.

El canadiense dudó aún; pero al fin tomó su partido. Comprendió que toda resistencia era inútil y podría acabar trágicamente.

—A vuestras órdenes —dijo.

Los tres hombres salieron de la caverna leñosa y se internaron en el bosque. Cabeza de Piedra alumbraba el camino con el farol.

La lluvia violenta había cesado, pero la tempestad rugía aún, soplando de la parte del lago y sacudiendo con furia los pinos gigantes, circundados de niebla frigidísima, próxima a congelarse.

—No sé por dónde ir —dijo el canadiense—. Ya os he dicho que no conozco este país.

—Petifoque irá delante —repuso el viejo lobo de mar—. Aunque tú has salido del fortín del traficante, digas lo que digas.

—Historias!

—Toma el farol, Petifoque. Yo voy detrás de ese hombre con el hacha en alto. Si trata de largar el aparejo, lo aplasto.

—Os prometo seguiros dócilmente —dijo el canadiense—. Estoy en vuestras manos.

—¿Conoces el camino, Petifoque?

—Sí, maestro. Podré llegar al fortín sin equivocarme. ¿Entraremos por el pasadizo secreto?

—De contado. Por allí hemos salido y por allí volveremos a entrar.

Y murmuró después:

—Ahora vamos a ajustar las cuentas al buen señor de Riberac.

CAPÍTULO IV

EL BERGANTÍN INGLÉS

Mil obstáculos estorbaban la vuelta de los tres hombres al almacén.

Durante su estancia en la caverna, el viento había derribado muchos árboles de grandes dimensiones que les costaba

trabajo salvar. La borrasca rugía sobre el lago, y las ráfagas, aullando sordamente, desgajaban gran número de ramas, mientras la lluvia reanudaba su furia, deshojando los árboles heridos por gotas de un tamaño desconocido en nuestros climas.

Por último, las tinieblas, densísimas todavía, ocultaban la situación del almacén.

Los tres hombres, azotados continuamente por el viento y el agua, habrían recorrido apenas unos doscientos metros, tratando difícilmente de orientarse, cuando de la parte del lago se oyó el estampido de un cañonazo.

—Es una pieza del 28 —exclamó Cabeza de Piedra deteniéndose súbitamente—. El 28 es un cañón inglés.

—¿Habrá llegado ya algún navío de Burgoyne? —preguntó Petifoque.

—Es probable —repuso el viejo bretón.

—¿Será algún explorador?

—Eso se lo preguntas al comandante que lo conduce.

—¿Tratarán de atracar aquí?

—No hay sitio a propósito; podemos estar tranquilos por ahora.

—¿Por qué por ahora?

—Porque si los ingleses están ahí no sé cómo vamos a llegar a Ticonderoga. Nos cortarán el paso por el lago y tendremos que permanecer en estos bosques con el peligro de los indios encima. Pero por algo somos bretones de La Tonante; ya saldremos. Por supuesto, yo no vuelvo a Nueva York sin haber cumplido mi misión. Bumm... Otro cañonazo... ¿Si estará en peligro ese navío? A lo mejor tropieza contra un peñasco y se destroza como nuestra barca.

Tú que tienes el oído más ejercitado que yo, ¿podrías decirme por el estampido a qué distancia se encuentra?

—A siete u ocho millas por lo menos —repuso Cabeza de Piedra—. Dejémosle disparar y sigamos andando. Ya debemos

de estar cerca del pasadizo secreto.

—Le tenemos casi frente a frente —dijo el joven marinero.

—Apresurémonos, que ya nos ha vuelto a calar la lluvia y sopla un viento glacial.

En efecto, a los pocos pasos llegaron a la entrada del pasadizo.

—¿Lo conoces, Jor? —preguntó Cabeza de Piedra al canadiense—. Por aquí debes de haber salido tú.

—Nunca he visto esta galería. Desde que pisé tierra no he hecho más que dar vueltas por el bosque.

—Ta, ta, ta... Nos quieres hacer comulgar con ruedas de molino, grandísimo tunante. Tú serás muy vivo; pero nosotros no somos tontos. ¿Quieres que te diga una cosa?

—Decid lo que queráis.

—Pues te digo que tú debes de haber conocido al señor de Riberac.

—Ya os he dicho que jamás oí ese nombre —repuso el canadiense, que seguía de cerca a Petifoque.

—No tardaremos en saberlo.



Gran Variedad en JUGUETES

GRAN VÍA 18

EXTENSO SURTIDO EN COCHES DE NIÑO
Ayuntamiento de Madrid

Recorrieron la corta galería, llena de humedad e impregnada de un moho de astillas y raíces corrompidas, y llegaron al almacén, en el que entraron por el hueco misteriosamente desocupado detrás de las grandes barricas y los paquetes de pieles.

Temiendo alguna sorpresa, Cabeza de Piedra agarró a Jor por una mano y paseó su mirada por el vasto recinto.

Los dos alemanes, sentados junto al fuego, fumaban sendos cigarros de Maryland; cada uno de ellos tenía a su lado una botella de ginebra.

El traficante, en tanto, paseaba en torno a la mesa con gesto sombrío.

—Señor Riberac, ya estamos de vuelta —dijo Petifoque sin soltar la linterna—. Tenemos que darle una noticia interesante.

—¿Habéis dado muerte a algún oso? —dijo el traficante parándose en seco y arrugando el entrecejo—. Es fácil encontrar alguno por aquí, pues cuando llueve suelen salir de su cubil.

—Hemos capturado a un hombre —intervino Cabeza de Piedra, empujando al canadiense—. ¿Lo conocéis?

Al ver a Jor, el traficante palideció; pero se repuso en seguida:

—Nunca vi esa cara.

—Sin embargo, en vuestro almacén se hallaba escondido.

—¡Oh..., es imposible!... ¿Por dónde habría podido entrar?

—Por una galería abierta en el depósito y que desemboca en pleno bosque.

—¿Qué historias me estáis contando, maestro?

—Señor mío, historias reales.

—Cuando hace diez años adquirí este almacén, de otro francés, a quien los indios habían casi escaldado, no advertí la existencia de pasadizo alguno. De haberlo visto, lo habría tapado a toda prisa; no tengo interés en facilitarles la entrada a los malhechores para que me asesinen durante mi sueño.

—Es extraño...

—Pues así es.

—Sin embargo, este hombre, que formaba parte de la tripulación de nuestra barca, ha sabido descubrirlo y refugiarse detrás de las cubas, donde ha dejado bien marcada sus huellas.

—¿Es verdad? —preguntó el traficante mirando al prisionero.

—Ya he dicho que ignoraba que aquí hubiese un fortín —repuso el canadiense, que se había sentado entre los dos hessianos, junto a la lumbre—. Me han prendido en el hueco de un pino carcomido, donde estaba descansando.

—Mientes —rugió Cabeza de Piedra—, hemos seguido tu rastro.

—La noche es demasiado oscura para seguir a un hombre.

—Pero teníamos un farol.

—Habréis seguido la pista de algún indio, no la mía.

—Pero, ¿tú oyes esto, Petifoque?

—Se pasa de listo —respondió el joven marinero después de hacer una seña a los alemanes para que vigilasen estrechamente al prisionero—. Su sistema es negarlo todo. Dentro de poco nos dirá que tampoco ha conocido a Davis.

—Es probable —dijo el viejo bretón—. Pero ya le obligaremos a hablar, si es que quiere salir con vida de nuestras manos.

El traficante pegó un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Olvidáis que estáis en mi casa —interrumpió con violencia—. Yo he dado hospitalidad a hombres blancos y no a pieles rojas.

—Haremos lo que nos parezca —dijo resueltamente Cabe-

za de Piedra—. Por todos los campanarios de Bretaña ya de traiciones...

Cerró la puerta del fortín y corrió el cerrojo.

—¿Acaso os he dado hasta ahora algún motivo de queja?

—preguntó el traficante, algo impresionado por este gesto.

—No; pero parece que hemos caído en una verdadera emboscada.

—¿Por qué decís eso, marinero? —preguntó Riberac con voz alterada.

—Ya os lo diré más tarde. Por ventura, somos cuatro, y aunque los ingleses llegaran aquí, trabajo les costaría entrar.

—Los ingleses...

—¿No habéis oído dos veces tronar el cañón en el lago?

—Yo, no.

—¿Y tú, Ulric?

—El golpe haper hecho templar la casa.

—¿Y tú, Wolf?

—Los oídos me zumban todavía —dijo el otro alemán.

Por lo visto, señor Riberac, sois sordo —dijo Cabeza de Piedra, que empezaba a impacientarse—. Y ciego también,

puesto que no reconocéis al hombre que vos mismo condujisteis aquí, ni visteis nunca el pasadizo. Habíamos de venir nosotros a descubrirlo.

—Ya me estáis molestando, marinero, y os ruego, por tanto, que abandonéis mi casa y busquéis otro asilo.

—Lo siento, pero está lloviendo y no podemos separarnos de esta chimenea, que despide un calorillo tan agradable. Además, estamos calados hasta los huesos.

—No haberos movido de aquí.

—¿Para dejarnos, quizás, asensinar por el canadiense? Hemos preferido sacar de su cueva a este bellaco peligroso.

—Os repito que no conozco a este hombre y que le veo ahora por la primera vez de mi vida.

—Mentís los dos, canallas —rugió Cabeza de Piedra empuñando el hacha—. Os conocéis perfectamente.

—¿Me váis a matar? —preguntó el traficante, que se había puesto más lívido que un cadáver.

—No somos pieles rojas; pero si somos capaces de imitarlos.

—¿Qué queréis? ¿Mi almacén con todas sus riquezas? Aquí dentro, sólo en pieles, hay por valor de diez mil dólares.

—Que os hereden vuestros parientes. Los corsarios no son piratas. Hemos caído en una segunda emboscada. Ya le habrá costado dinero al marqués de Halifaz procurarse bribones de vuestra ralea.

—¿A mí me tratáis de bribón? —gritó el señor Riberac.

—Y os lo repito cara a cara.

—Fuera de mi casa.

—No puede ser; no tenemos gana de exponernos a coger algún resfriado. Aquí estamos muy bien; que vengan los ingleses y los indios; ya sabremos hacerles un recibimiento digno de ellos.

—¿De modo que me consideraréis vuestro prisionero?

—Con mil bombas —gritó Cabeza de Piedra—; sois unos bandidos, y como a tales os hemos de tratar.

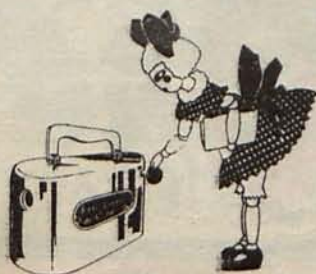
—Nos defenderemos —exclamó el traficante, dando un salto hacia la pared para descolgar un fusil.

Pero Petifoque, que no le perdía de vista, le cortó el paso.

—¡Salteadores! —gritó el traficante, furioso—. A mí, Jor.

—¡Demonio, demonio! —dijo Cabeza de Piedra—. ¿Cómo

(Continuará en el número próximo.)



BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO

CAPITAL PTAS. 50.000.000 RESERVAS PTAS. 20.757.452
DOMICILIO SOCIAL CALLE DE ALCALA 14 MADRID
CAJA DE AHORROS

SE ADMITEN IMPOSICIONES HASTA UN LÍMITE DE 10.000 PESETAS ABONANDOSE EN LA ACTUALIDAD INTERESES A 4 POR 100 ANUA

TODO TITULAR DE UNA CARTILLA CON SALDO MÍNIMO DE 25 PESETAS TENDRÁ DERECHO AL DISFRUTE GRATUITO DE UNA HUCHA DE AHORRO, QUE DEBERÁ DEVOLVER AL LIQUIDAR LA CUENTA O AL REDUCIR EL SALDO A MENOS DE LAS REFERIDAS 25 PESETAS

Ayuntamiento de Madrid



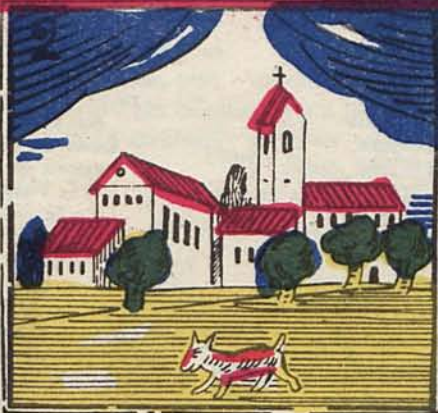
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ALELUYAS DE PABLITO EL COMILÓN



Se desayuna Pablito
Con seis quesos y pan frito



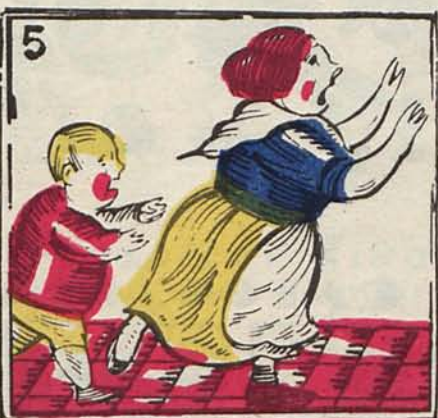
Aquí veis la población
Donde nació este tragón



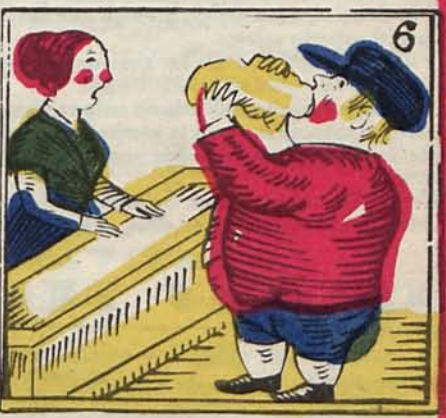
Cuando aun dientes no tenía
Las butacas se comía.



Solamente esta contento
Cuando le dan alimento



A la mujer que le cria
Se quiso comer un día



Una vez con gran afán
Comió mil kilos de pan



Por las noches para cena
Toma siempre una ballena



Un gallo con picoy cresta
Se come por una apuesta



En una taberna, un día
Comió todo lo que había



Va a la cárcel a parar
Por que no quiere pagar



Ledan poco de comer
Y empieza a desfallecer



Se queda tan delgadito
Que se muere el pobrecito

¿SABÉIS POR QUÉ...?

DIVULGACION CIENTÍFICA

¿POR QUÉ NO SE VE SIEMPRE REDONDA LA LUNA?

El otro día sorprendimos una conversación entre varios amiguitos, que por parecernos interesante la resumimos aquí. El tema versaba sobre la Luna.

Notábase a la legua que su profesor les había dado una lección de Astronomía; pero, sin duda, había dejado algún punto importante por tratar, ya que de pronto interrogó uno a sus compañeros:

—¿Por qué es blanca la Luna?

La conversación se hizo general. Uno, el más pequeño de todos, muy aficionado a los cuentos de hadas, respondió que algún ser invisible la habría pintado así. Otros opinaban que era blanca porque era un astro encendido, ni más ni menos que como uno cualquiera de estos soles que brillan en el firmamento. Por fin, habló otro que parecía muy poseído de su saber, y con tono solemne empezó diciendo:

—La Luna es blanca porque la ilumina el Sol. Es un astro apagado; pero al recibir sobre su superficie los rayos luminosos del Sol, los refleja como un espejo. Se puede decir, pues, que es como un gran espejo esférico que navega por el espacio celeste.

Y así es la verdad. Pero he aquí que a otro se le ocurrió preguntar:

—¿Por qué siendo redonda no se la ve siempre así? ¿Cómo unas veces la vemos como una rajita de melón y otras redonda como una pan-dereita?

Nadie supo qué contestar. Su saber no llegaba a tanto. Entonces, uno de ellos, el mayor de

todos —que hasta aquel momento había estado callado y que por lo menos debía de estar ya en el tercer año del bachillerato—, tomó parte en la conversación, y les dijo:

Así como la Tierra da vueltas alrededor del Sol, la Luna da vueltas alrededor de la Tierra. Cuando no la vemos es porque está entre los dos astros: entre el Sol y la Tierra. La parte iluminada mira hacia el gran astro y la que se encuentra en la sombra hacia nosotros.

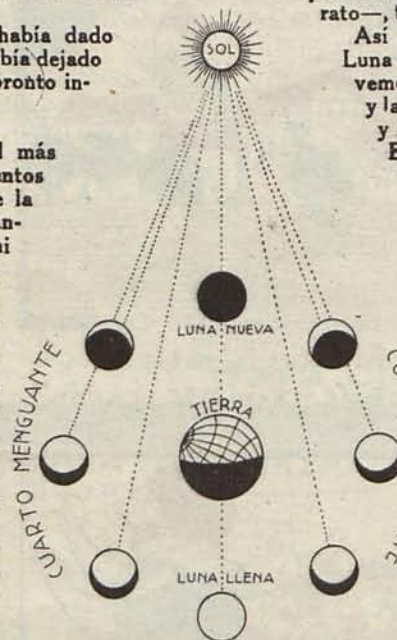
Entonces decimos que es luna nueva. Pero ella continúa su camino, y a medida que avanza hacia un lado vamos viendo una mayor porción iluminada.

Durante este trayecto está en cuarto creciente y tiene el aspecto de una raja de melón. Es fácil comprender por qué no la vemos entera. Debido a su situación no podemos ver más que una pequeña parte de su superficie iluminada, así como la apariencia de cuernos es debida a su forma esférica.

Cuando está en la parte opuesta, es decir, cuando la Tierra está entre ella y el Sol, entonces la vemos completamente iluminada y decimos que es luna llena; parece un gran disco blanco. Y al avanzar hacia el lado contrario de la Tierra, va menguando, menguando, por la misma razón que en el cuarto creciente iba creciendo. No hay para qué decir que en esta situación los cuernos se ven al revés.

Si en la Luna hubiese espectadores tan curiosos como nosotros, verían que la Tierra tiene también su cuartos crecientes y menguantes.

JACOBO JOSÉ.



HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESES



LIBRERIA DE ALEJANDRO PUEYO
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER 16 MADRID

Gran surtido en CUENTOS
y libros para niños y toda
clase de lecturas morales

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIAS DE ANIMALES

LA PELOTA EN EL TEJADO

De una patada fuerte subió por los aires, hasta el tejado, una pelota de goma.

Michi y Pachi, los dos gatos amigos, que daban su paseo al sol por aquellas alturas, se sorprendieron agradablemente al encontrar la pelota de goma. ¡Ellos, que en cuanto veían un papel arrugado o un ovillo de hilo ya estaban jugueteando! No os quiero decir lo contentos que se pusieron.

—Te juego un partido —dijo Michi.

—Venga —dijo Pachi.

—Esta chimenea es mi portería.

—Esta antena de radio es la mía.

—Saca.

Un partido reñido entre Michi y Pachi. En unos minutos se congregaron más de cincuenta gatos espectadores.

Michi hizo *palo* en la chimenea, y Pachi se apuntó al poco rato el primer tanto.

Al principio jugaron limpiamente; pero enardecidos en la lucha, decidieron cambiar el *fútbol* por el *rugby*.

Era mejor.

—¡Venga! ¡Venga! —gritaban los gatos espectadores.

Y el partido de *rugby* encendía el pelo. Se pisaban, se arañaban, se tiraban de los bigotes. Hasta los rabos intervenían en la refriega.

Michi dió una carga a Pachi. No había tenido en cuenta el que estaban en el alero del tejado, y Pachi cayó a la calle desde la altura de un séptimo piso.

Y se mató.

Pero subió rápidamente las escaleras y se reanudó el partido. Los gatos tienen siete vidas y Pachi sólo había perdido una.

En seguida, en un regate, Michi rodó tejas abajo y luego a la calle.

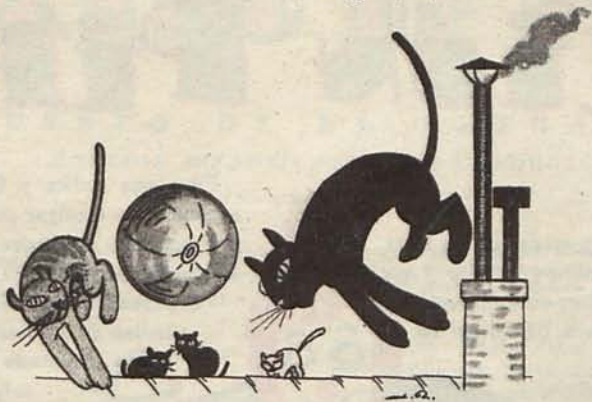
Se interrumpió otra vez el partido mientras que Michi subía con las seis vidas que le quedaban.

Así se fueron cayendo hasta cinco veces más cada uno.

Entonces un gato viejo, casi espelechado, silbó como árbitro, y dijo:

—Se acabó el partido. A los jugadores no les queda más que una vida a cada uno.

Y lo peor es que el partido había quedado a cero.



CAZA DE PECES CON NIÑO TRAVIESO

(HISTORIA DE CAZA Y DE PESCA)

Se coge un caza-mariposas y un niño travieso. Ambas cosas son muy fáciles de encontrar. Los caza-mariposas se venden en las tiendas y los niños traviesos los hay en todas partes y son más baratos que los caza-mariposas. Los papás prestarán a sus hijos traviesos, sin el menor inconveniente, con tal de quitárselos una tarde de dar guerra en casa.

También en los colegios se pueden encontrar muchos niños de esta índole. Para distinguirlos rápidamente, basta con caer en el colegio a la hora de recreo y ver los que están castigados sin jugar. Además se les conoce porque suelen tener un remolino en el pelo.

Se echa uno el caza-mariposas al hombro y se da de merendar chocolate y pan al niño travieso.

Acto seguido se va a orillas del mar y se tira el niño al agua. Hecho esto, no hay sino esperar la pieza.

El niño travieso, no bien caiga al agua, comenzará a revolverlo todo, a molestar, a atarles latas a los peces en las colas, a subirse en los besugos, a tirarle de las patas a los cangrejos, a remover la arena del fondo, a hacer látigos con las algas, a pisar las ostras, a arrancar los percebes, en fin, a hacer toda clase de diabluras.

Entonces, los peces se indignarán contra el niño travieso que los persigue y los molesta, y en vista de que la vida en el agua se les hace imposible, decidirán salir de allí.

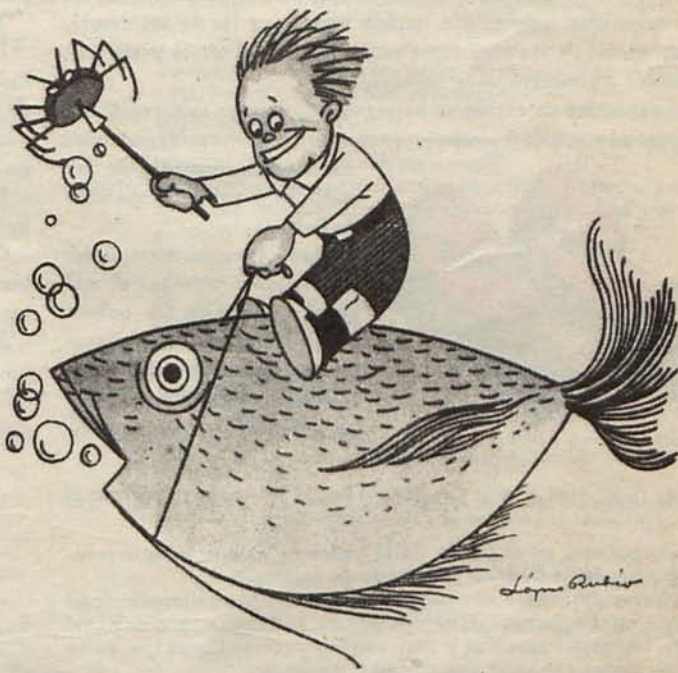
—¡Aquí no se puede estar! ¡Ese niño es insostenible! ¡Vámonos del agua, que se quede él sólo!

Unos querrán irse al aire y otros a la tierra.

Cuando aquéllos quieran saltar sobre el agua y salir revoloteando, se los caza con el caza-mariposas, y al cesto.

A los que se vienen a la orilla, huyendo del niño travieso, para vivir en la tierra, basta con echarles mano, y al cesto igualmente.

Acabada la caza-pesca, se saca al niño del agua, se le seca y se le devuelve a sus papás.

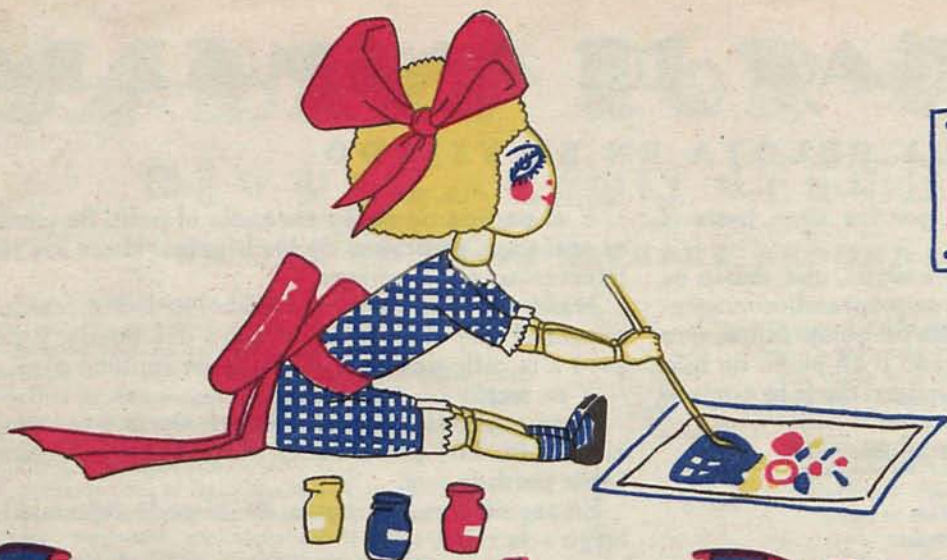


Muñecas Pagés

Trajes para Niños

PERRITO XAUDARÓ

Pelíeros 6 Y 8 mentresuelo Madrid



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MUEBLISTA

Yo conozco a una mamá que está desesperada con sus hijas. Cierta que estas señoritas, llamadas Lolita y Charito, y que cuentan la avanzada edad de siete y de diez años respectivamente, son dos adorables monadas; pero tienen un defecto: son desordenadísimas.

—No puedo conseguir —me confía la atribulada mamá— que cuelguen sus trajes y abrigos en su armario, ese armario tan bonito que hemos copiado, precisamente de un PINOCHO, siguiendo las indicaciones de usted, doña Pirula.

(Aquí interrumpo a la mamá para agradecerle el elogio.)

—Al llegar de paseo —prosigue mi interlocutora— dejan todas sus ropas tiradas de cualquier manera sobre las sillas, y de este modo, además de que el cuarto parece una leonera, las ropas se estropean con más rapidez.

Para que Lolita y Charito —contesto yo al punto— se acostumbren a colgar cuidadosamente sus vestidos en «nuestro» armario, es preciso que esta operación, lejos de aburrirlas, las divierta.

Y pensando en Lolita y Charito y en cuantas niñas se hallan en su caso —que son bastantes, os lo afirmo—, he inventado los adjuntos chismes, que, más que colgadores, parecen juguetes.

Se hacen en madera recortada y se pintan con pintura esmalte, a fin de que a otras ventajas unan la de poderse lavar a voluntad.

El mismo gorro en uno y la peluca en el otro sirven de gancho.

Y ahora me asalta el temor de que mis colgadores os gusten tanto que os paséis el día colgando y descolgando vuestra ropa, solamente por tener el gusto de manejarlos.

PIRULA, ZAPATERA

Aunque yo, durante mi vida de muñeca, no he gastado jamás un par de zapatillas, esto no me impide fijarme en las de los demás, es decir, en las de los niños, que constituyen para mí la parte más interesante y atractiva de la humanidad.

Mi corazoncito de cartón se ha regocijado más de una vez al ver la satisfacción con que, después de mucho jugar y correr, introducís los cansados pies en las mullidas y cálidas zapatillas de fieltro.

Pero al mismo tiempo me da tristeza comprobar el mal papel que hacen las pobres zapatillas frente a los coquetones zapatos de salir; estas zapatillas infantiles son generalmente tan feas y anti-

páticas de aspecto como las de los mayores.

Y se me ha ocurrido corregir este defecto.

Para ello os presento hoy un modelo facilísimo de confeccionar con paño azul, forrado de encarnado, con la ventaja inestimable del adorno, que es el retrato de un querido amigo nuestro: el propio perrito de PINOCHO.

Este perrito se hace en bayeta amarilla, bordándolo como lo indica el dibujo.

Como puede verse por la cara que pone, el perrito está asombrado y encantado de verse tan majo.

Estas zapatillas, una vez terminadas, os han de gustar tanto que no os cansaréis de gastarlas...

Tampoco el perrito se ha de cansar de permanecer a vuestros pies.



PIRULA, FABRICANTE DE JUGUETES

El año pasado, en el jardín de la casita de campo en que veranean, los papás de Pedrito instalaron un columpio.

¡Las horas deliciosas que pasó el amigo Pedrito columpiándose! La que estaba menos satisfecha era su hermanita, a quien casi siempre le tocaba empujar y casi nunca mecérsele. Como que ya se sabe: los chicos son unos egoístas tremendos.

Y ahora en la ciudad, en su casa sin jardín, Pedrito se desespera acordándose de su columpio veraniego.

—¿No podría instalarse un columpio dentro de la casa?— le ha preguntado a papá.

Papá se ha encogido de hombros sin dignarse contestar a tan absurda proposición.

—¿Y si colgáramos un columpio en el comedor, del aparador al trinchero?—, le ha insinuado Pedrito a mamá.

Mamá ha puesto tal cara de horror, que Pedrito no se ha atrevido a insistir.

Pero no se da por vencido; la idea del columpio le trota en la cabeza, y en último recurso se ha dirigido a mi

—Pirula, tú que todo lo sabes...

—Esta opinión me conmueve y me halaga, Pedrito.

—¿No podrías inventar un columpio que sirviera para dentro de la casa?

¡Antes perdía yo mi nombre que desatender una súplica de un niño!

No he inventado un columpio; pero sí he ideado un originalísimo balancín, que casi ha de resultar más divertido, pues, además de servir indistintamente para el aire libre y para dentro de la casa, podrán disfrutar de él al mismo tiempo Pedrito y su hermanita.

Os aconsejo que al echarlo —pues ya sé que todos habéis de querer uno igual y con ese fin lo presento— recomendéis al carpintero que emplee para el semicírculo un tablón grueso y resistente, y que le dé al conjunto una altura moderada, a fin de que vuestros pies toquen el suelo.





EL TEATRO DE PINOCHO

EL CUENTO DE LA BUENA PIPA

COMEDIA INFANTIL, EN TRES CUADROS

(Continuación.)

CHELÍN. ¡Uy! ¡Pototo, no digas eso! Te pierdes el vigésimo episodio de la octava jornada de «Los misterios del subterráneo rojo», o «Aventuras de un congolés en la Patagonia».

POTOTO. ¡A la Patagonia irás tú!...

CHELÍN. Riendo. ¡Está bien, Francisco!

PAPÁ. Vaya; vámonos y dejemos a este gruñón malhumorado e insolente.

TODOS. Sí, vamos, vamos pronto, no lleguemos tarde. Vamos, vamos.

Salen todos y Pototo queda solo; entonces cambia de actitud. Mira a todos lados; luego baja la cabeza y murmura:

POTOTO. ¡Me han dejado solo! ¡Cuánto me voy a aburrir! ¡Y he perdido de ver el vigésimo episodio de la octava jornada...

Por último, hace un puchero y cae llorando en su sillita, diciendo: ¡Dios mío! ¡qué desgraciados somos los niños malos!

CUADRO II

Por los suelos, esparcidos, se ven varios juguetes: soldaditos de plomo, un caballo de cartón, algún muñeco, pelotas, etc., etc., todo ello en desorden y roto. Pototo está solo en escena.

POTOTO. ¡Cuidado que se me hace larga la tarde! Y de aquí a que vuelvan del cine, todavía hay para rato. Si quisiera jugar conmigo la doncella... Llamando. ¡Socorro! ¡Socorro!

VOZ DE SOCORRO. Dentro. ¿Hay fuego?

POTOTO. ¿Que si quieres venir a jugar conmigo?

VOZ DE SOCORRO. ¡No puedo! ¡Tengo que ir a la calle a un recado!

POTOTO. Entre dientes. No estás tú mal recado. Reflexiona un instante; luego: Acaso la cocinera... Llamando. ¡Timotea! ¡Timotea! ¡Ven a jugar conmigo!

VOZ DE TIMOTEA. Dentro. ¡No puedo! ¡Tengo que hacer la cena!

POTOTO. Pues sí que estoy aviado; he roto todo lo que podía romper... que es lo que más me divierte: le he arrancado unos puñados de pelo a «mi sobrina Anastasia»; Enseña una muñeca medio pelona. he hecho la guerra y he dejado el campo de batalla sembrado de héroes...; he releído los «Pinochos» por la centésima vez... ¿Qué hago yo ahora? Mira en torno suyo, perplejo. ¡Cuidado que está feo hacer esto! Se desespera con toda su alma. Como que yo no lo hago nunca. Sigue desesperándose. Me aburro... Se sienta en su butaquita. Tengo sueño. Bosteza. Luego apoya los brazos sobre la mesita y deja caer la cabeza encima con el rostro vuelto hacia el público. Pausa. Pototo cierra los ojos y se queda dormido. Entonces se apagan las

lucos, quedando solamente una encendida, muy débil, y en esta semiobscuridad aparece una figurita envuelta en un trapo obscuro, y de la que solamente se ve la cara, que es una careta haciendo una mueca grotesca. La aparición ha de ser cómica y nada terrorífica. Por lo mismo, la voz será una vocecilla cascada, de vieja, sin nada de sobrenatural.

APARICIÓN. ¡Hola, Pototo!

POTOTO. Dormido. Buenos días. ¿Quién es usted?

APARICIÓN. Pero hombre, ¿no me conoces?

POTOTO. No tengo el gusto.

APARICIÓN. ¡Pero si soy la buena pipa!

POTOTO. ¿Qué pipa?

APARICIÓN. ¡La del cuento! Ese cuento con el que tu tito Pufu te hace rabiarse tan a menudo.

POTOTO. ¿Pero ese cuento existe?

PIPA. Claro que existe el cuento; ahora, que no es un cuento.

POTOTO. ¿Un cuento que no es un cuento? ¿Qué está usted contando?

PIPA. Lo que te voy a contar es una cosa maravillosa. Con voz solemne. Pototo, yo te traigo la fortuna; te voy a dar un tesoro.

POTOTO. Con inquietud. ¿No será un tesoro en tabaco? Porque yo no fumo, ¿sabe usted?

PIPA. ¡Qué tabaco ni qué ocho cuartos! En oro, si que sí.

POTOTO. Y ese tesoro, ¿dónde está?

PIPA. Es un gran secreto; te lo voy

a revelar a ti solo para que te hagas rico. Se acerca a Pototo, que sigue dormido, y le habla con mucho misterio. Ese tesoro está aquí, en esta habitación, escondido.

POTOTO. ¿Qué dice usted?

PIPA. ¿Ves ese cuadro que representa un mar con un barco, y a la orilla una señora con un perro?

POTOTO. ¿Ese que el mar parece una ensalada de lechuga, y el barco es de vela, y la señora tiene un velo, y el perro está desvelado?

PIPA. ¿Cómo desvelado?

POTOTO. ¡Puesto que no duerme!

PIPA. Sí, ese es; pues bien, corre ese cuadro; detrás hay una moldura de la pared, la oprimas y se abrirá, dejando al descubierto un hueco; en ese hueco hay un cofrecito; en ese cofrecito está el tesoro.

POTOTO. ¿Pero es posible?

PIPA. Ya lo verás.

Se va la Pipa lentamente. Al punto se encienden las luces y Pototo se va despertando. Se restrega los ojos; se despiereza; luego abre los ojos con cara de asombro.

POTOTO. ¿Y la buena Pipa? Se ha ido... Digo, ¡qué tonto soy! Si todo esto lo he soñado. Mira en torno suyo y su mirada se posa en

(Continuará en el número próximo.)

APARATOS Y DISCOS

Cineon

A PLAZOS

Y AL CONTADO

Preciados 1
Peligros 14



Madrid

Ayuntamiento de Madrid

COLABORACION INFANTIL



Queridos amigos: Sabrás que mis primos, que viven en Gijón, han venido a esta villa y a los niños.

Estoy muy contento, pues me han hecho que les lleve de los animales a los niños y a los niños.

Ellos les han gustado mucho, pero +, mucho +, el pueblo.

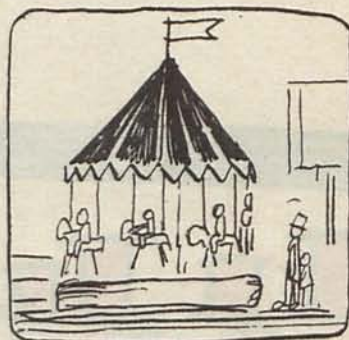
Cuanto les ha gustado esta villa que no se quieren ir a su casa.

Me han hecho tan mucho y lo único que me han traído es una botella de vino de Gijón.

Ya te contare + cosas en la próxima carta.

En amigo que no olvida, P.P. P. rez

JUANITO OCHOA.
Once años. Santander.



El tióvivo del tío Juan.
MARIANO AGUILAR.
Siete años. Gijón.



PINOCHO, futbolista.
CARLOS CASADO.
Diez años. Madrid.



El mercado a donde va mi chacha.

RAFAEL GARCÍA.
Nueve años. Madrid.

A NUESTROS COLABORADORES

Para colaborar en PINOCHO debéis hacer los dibujos con tinta china, nunca con lápiz ni en colores; y si sois tan listos como nosotros nos figuramos y os atrevéis a hacer cuentos, tened cuidado de que no pasen de 40 líneas escritas en una cuartilla.

Los trabajos los mandaréis firmados con vuestro nombre y apellido, indicando el lugar de vuestra residencia y edad.

NOTA.—Los trabajos deben venir acompañados del cupón para «Colaboración infantil».



Este rabioso que ves es el que me enseña inglés. ¡¡Yes!!

GONZALO G. SANCHÍS.
Doce años. Madrid.

Autopianos
"MELODIA"
"VIRTUOLA"
REPRODUCTORES de los
mas célebres pianistas
del mundo



Pianos-Autopianos
Harmoniums
Virtuola S.A.
Avenida Conde de Peñalver
17 MADRID

CONCURSOS

BUSCAD A PINOCHO



Colocando convenientemente dos monedas de a duro sobre este dibujo, debe leerse el nombre de PINOCHO en el espacio que queda libre entre las dos monedas.

Mandadnos la solución, trazando sobre un calco los dos círculos correspondientes a las dos monedas.

LEÓN

JAÉN

CÁDIZ

PONTEVEDRA

ALICANTE

MÁLAGA

HUESCA

ALMERÍA

HUELVA

CORUÑA

LOGROÑO

GUIPÚZCOA

LÉRIDA

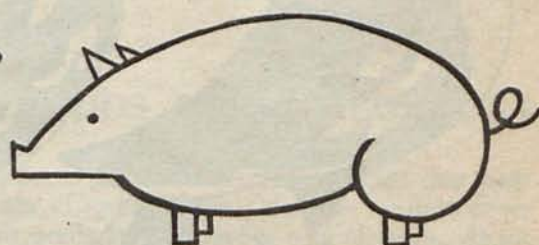
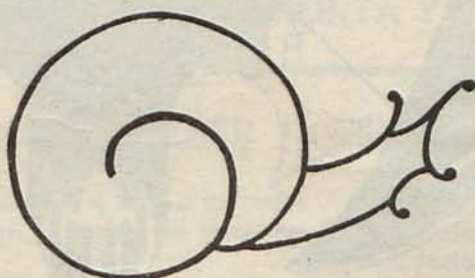
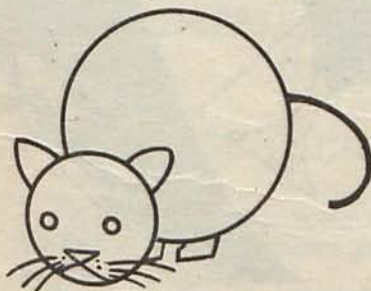
He aquí trece provincias españolas. Si acertáis a unir como es debido estas provincias, por medio de líneas rectas, os encontraréis con que aparecerá dibujada la cabeza de vuestro amigo PINOCHO. Para que resulte así, es necesario que las líneas vayan uniendo las letras que forman el nombre de PINOCHO y el de PIRULA. Por ejemplo: de GUIPUZCOA se toma la letra P y se traza la recta a la letra I de LERIDA; de ésta, parte otra recta a la letra R de LOGROÑO, y así sucesivamente hasta formar los nombres citados.

HISTORIETA ESTROPEADA



Teníamos esta historieta para publicarla; pero a última hora se han desordenado los dibujos y nos encontramos con que no sabemos cuál es el primero y cuál es el último. Se trata, pues, de que vosotros nos digáis cuál es el orden que deben llevar estos dibujos, y al mismo tiempo escribáis los pies. Cuando hayáis terminado este trabajo, nos lo mandáis para optar a los premios de este concurso.

TODOS DIBUJANTES



Dibujad a mayor tamaño que los modelos, este gatito, este caracol y este cerdito. Los que nos manden estos dibujos mejor hechos tendrán un premio.

Lista de premios de nuestro primer concurso, correspondiente a los cuatro primeros números de PINOCHO

- 1.º Un magnífico tren con vías y estación o una espléndida casa de muñecas (a elegir).
- 2.º Una patinete.
- 3.º Un estupendo balón para foot-ball o una lindísima muñeca, que anda sola y dice papá y mamá.
- 4.º Una pluma estilográfica.
- 5.º Una caja de pinturas.

Mil accésits consistentes en preciosos cuentos de Calleja.

Para este primer concurso admitimos soluciones hasta el 1 de mayo, fecha en que procederemos al reparto de premios.

Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «Para el Concurso».

CUPÓN 7

◆ ◆ ◆ ◆ Colaboración infantil

¡Ah!, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:
"CONCURSOS PINOCHO"

CUPÓN 7

◆ ◆ ◆ Concurso PINOCHO

SECCIÓN RECREATIVA



FIGURAS RECORTABLES



GATO.—Recortadle cuidadosamente por la línea exterior, y después le doblais por la línea de puntos A. Pegad la cabeza un lado con otro, dejando sin pegar el cuerpo y las patas. Doblad el rabo por la línea de puntos B de manera que quede en la posición del modelo.

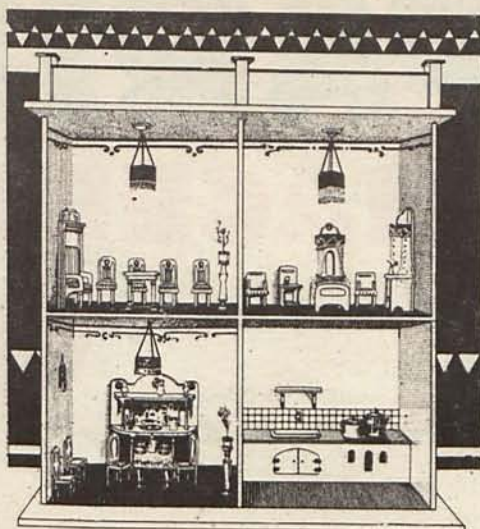
PALOMA.—Recortadla por la línea exterior. Dobladla por la línea de puntos A, pegando la cabeza hasta el pico, un lado con otro. Doblad el ala por la línea B, dejando ésta hacia adentro, y luego por la línea C, quedando hacia afuera, de manera que el ala quede plegada como está en el modelo.

NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construir estos graciosos animalitos.

Repetimos que es conveniente, para que os vayáis acostumbrando a dibujar y pintar, que en vez de recortar las figuras del periódico las calquéis sobre una cartulina muy flexible o papel grueso. Así, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta llegar a la perfección. Después de recortada y doblada la figura que hagáis, la pintaréis como el modelo a que corresponda.

CONTINÚA LA REPRODUCCIÓN DE JUGUETES PARA EL SORTEO



Dos lindísimas casas de muñecas estupendamente amuebladas.



Dos elegantísimos tocadores de tul y encajes, con su lámpara eléctrica.



Seis preciosas muñecas.

Una magnífica muñeca con su «trousseau» completo.

Seis preciosas muñecas.

Y DOCE COLECCIONES COMPLETAS DE LAS AVENTURAS DE PINOCHO Y CHAPETE, COMPUESTAS DE TREINTA Y TRES TOMOS CADA UNA

¿QUÉ HACE FALTA PARA TENER OPCIÓN A TODOS ESTOS REGALOS?

Ya sabéis que para tener derecho a recibir un boletín con cincuenta números para el sorteo de estos juguetes es preciso:

A. Suscribirse a PINOCHO por un año antes del día 31 de mayo.

B. Reunir entre varios amiguitos cincuenta «Cupones para regalos» recortados de los diferentes números del periódico, mandándolos antes del 31 de mayo, a nombre de un solo lector.

A todos los amigos de Pinocho que cumplan lo que se indica en uno de los apartados A o B se les entregará un boletín con cincuenta números. Los que se hayan suscrito por un semestre pueden ampliar su orden a un año, con lo cual tendrán derecho también a un boletín con cincuenta números para el sorteo de los regalos.

Los amigos de Pinocho que residan en Madrid y deseen suscribirse, deberán mandar una nota escrita con claridad, en la que indiquen nombre y apellido, señas y tiempo de la suscripción (un año o un semestre). El administrador pasará un recibo a domicilio al entregar el primer número. Los suscritores de provincias y de América deberán mandar el importe anticipado en giro postal, cheque, etc.

Los suscritores por un año o los lectores que manden cincuenta «Cupones para Cuentos» tendrán derecho a recibir gratis **tres tomos**, a su elección, de los Cuentos de Calleja en colores, serie Pinocho-Chapete. Próximamente publicaremos la lista completa de los títulos de esta Colección.

La fecha del sorteo se anunciará oportunamente.

ADVERTENCIA FINAL.—Rogamos a nuestros suscritores, colaboradores y concursantes que tengan paciencia, pues es tal el número de cartas, suscripciones, dibujos y soluciones que nos llegan diariamente, que las personas encargadas de abrir y clasificar las cartas llevan quince días sin descansar, los pobrecitos. A todos se les atenderá, pero rogamos un poquito de paciencia.

LA DIRECCIÓN

*Cupón para el sorteo
de regalos.*

*Cupón para
cuentos.*

MADRID-PARIS

GRANDES ALMACENES



TODOS LOS
JUEVES REGALAMOS
PRECIOSOS GLOBOS